



www.loqueleo.es

© Texto e ilustraciones: 2020, Clara Cortés

© De esta edición:

2021, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-384-9

Depósito legal: M-23.909-2020

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: marzo de 2021

Directora de la colección:

Maite Malagón

Edición:

Yolanda Caja

Corrector de sensibilidad trans:

David Orión Pena

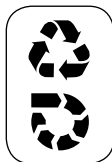
Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

CLARA CORTÉS

EL MIEDO RESTANTE

loqueleg

*Para Iria, que es una inspiración y un apoyo constante,
y para la gente que le tiene un poquito de miedo a crecer.*

You were burned, about to burn, or still on fire¹.

Straw House, Straw Dog, Richard Siken

Desde abajo no se veían nubes,

ahora llueve casi como norma.

No tan jóvenes, Carolina Durante

I spent a long time watering a plant made out of plastic

And I cursed the ground for growing green

I spent a long time substituting honest with sarcastic

And I cursed my tongue for being mean²

Forever ... (is a long time), Halsey

1. Estabas quemado, a punto de arder, o aún en llamas.

2. Malgasté mucho tiempo regando una planta de plástico / Y maldije al suelo por crecer verde / Malgasté mucho tiempo sustituyendo honestidad por sarcasmo / Y maldije a mi lengua por ser cruel

Ellos

Esta historia empieza de pura casualidad.

11

Al principio hay un gato, una conversación que escucho a escondidas y un montón de problemas que arrastro desde lejos y de los que no me puedo deshacer, pero ya llegaré a todo eso más tarde.

Quiero decir, en realidad el gato ni siquiera es importante, así que ahora digo que todo empieza por él y luego no vuelve a salir más. Sobre el resto, bueno, eso es más permanente, pero no tiene tanto que ver con el verdadero comienzo, así que prefiero ir por partes. En realidad, supongo que casi todo lo que vengo a contar ya se había estado fraguando desde antes, como lo de qué estoy haciendo con mi vida, o lo de George, o lo que me está pasando con Ángela, y que a partir de entonces las cosas simplemente... empezaron a pasar.

Ahora, de todas formas, no toca eso. Ahora toca partir de algún sitio, y lo voy a hacer desde un poco antes del gato, como para preparar la situación.

Para empezar, supongo que tengo que presentarme.

Me llamo Luc Álvarez. Hola. Tengo veinte años y vivo con mi abuela en Chadwell Heath, en Barking y Dagenham, cerca de Londres. Aparte de eso, creo que lo más interesante de mí es que trabajo en una cafetería, que mi padre Jack está muerto, que mi padre George pasa solo una vez al mes por casa y que tengo la sensación constante de que me estoy perdiendo algo, como si viviera fuera de las cosas. No considero que nada me vaya demasiado mal, aunque lo cierto es que tampoco soy capaz de asegurar que todo vaya bien; si existe un punto gris intermedio, uno en el que todo está estancado y el tiempo pasa más despacio y la gente no es importante, creo que ahí es donde yo vivo, donde encajo. Me gustaría decir que sé que hay algo o alguien esperándome en alguna parte, en el futuro, cuando todo mejore, pero lo cierto es que ni siquiera sé si realmente es así.

De todas formas, yo diría que lo primero en lo que quiero centrarme es la cafetería, así que a ello voy.

—¿No lo oyes? —le dice Josh ahora a Ollie, muy concentrado—. Así es como se supone que tiene que sonar una cafetera. Una cafetera *limpia*. Entiendes lo que te quiero decir, ¿verdad?

—Sí, pero insisto en que la limpié la semana pasada. ¿Vosotros cuántos cafés os habéis estado haciendo las noches que os habéis quedado con la contabilidad?

—Eso no se pregunta, hombre.

—¿Por qué no?

—Porque da igual cuántos sean. Es una *cafetera de cafetería*, está hecha para hacer *muchísimos cafés constan-*

temente, ¿comprendes? Lo que pasa es que estaba sucia, por eso no funcionaba bien. Ya has visto el filtro. Pero ¿ves? Mira cómo va ahora, como la seda. Ya no se oye ese ruido.

Josh, el mayor de los dos, le da a un botón y la cafetera empieza a rugir igual que cualquier otra mañana cuando se calienta. Sin dejar de mirarla con el ceño fruncido, Oliver alarga el brazo y, justo a tiempo, saca una taza que pone por donde sale el chorro de café caliente. Se llena solo un poco antes de que le vuelvan a dar al botón para cortarlo. Funciona de maravilla. No es que antes no lo hiciera –el café salía, desde luego, pero un poco aguado y con un sabor raro que no sabíamos identificar–, pero ahora todo parece tan normal como cualquier otra mañana.

No es que fuera un misterio tan difícil de resolver, pero a veces creo que Josh se esfuerza en encontrar momentos mínimos de descanso porque los necesita.

Josh, Oliver y yo conformamos todo el personal funcional de Café Actually, la cafetería donde trabajo desde abril. Se llama así en honor a *Love Actually*, ese cacao de película en-realidad-no-tan-buena-para-el-reparto-que-tiene pero que tanto le gusta a Nick, el cuarto miembro del equipo y, oficialmente, nuestro jefe. Sé que tardó un montón en elegir el nombre porque «tenía que definirle a él como persona y ser tan guay como para que la gente entrara», y también sé, porque me la enseñó, que había una lista entera de posibilidades alternativas basadas en títulos de un montón de películas que le gustan.

Entre ellas:

- *El café de rosa.*
- *El club de los cafés.*
- *Dieciséis cafés.*
- *Café con diamantes.*
- *Tienes un café.*
- *Un café para recordar.*
- *Cuatro cafés y un funeral.*
- *Café Rouge.*

14

Algunos son mejores que otros, eso seguro, pero por lo menos el definitivo es fácil de recordar y una referencia mucho más clara para todos los no-tan-fans de las comedias románticas de los noventa como Nick.

No nos va mal, pero tampoco somos especialmente populares en Chadwell Heath. La razón principal, aparte de que no tenemos un local muy grande (Nick se justifica diciendo que era el único que también tenía el apartamento de encima disponible, y que en algún sitio tenía que vivir), es la presencia en la misma calle de un pub-restaurante de la cadena Wetherspoon, The Eva Hart. Tienen cafés y tés rellenables por una libra treinta y cinco y, honestamente, entiendo el encanto. Aun así, como he dicho, tampoco nos va mal. De hecho, vamos tirando bastante bien. Cuando nos contrataron a Oliver y a mí hace unos meses pasé por algunos momentos de tensión ante un posible despido, pero ahora ya hemos entrado en septiembre y aquí seguimos los dos, y me pagan siete libras la hora y el trabajo me gusta, así que no me puedo quejar.

De todas formas, por si me diera por quejarme, tampoco es como si tuviera muchas más cosas que hacer con mi vida. O como si supiera hacer algo diferente. A veces tengo miedo de que descubran que realmente yo estoy aquí por casualidad y que nadie me enseñó nunca a hacer nada de esto, pero improviso todo el rato fingiendo que tenía experiencia de antes y, a lo tonto, ya han pasado cinco meses.

Ahora estoy sentado al otro lado de la barra, frente a la cafetera del incidente, y observo los movimientos de Josh y de Oliver fascinado por todo el tiempo que han perdido. Se nota que hoy no hemos tenido muchos clientes. Subo una pierna al taburete, como para sentarme encima, y al hacerlo miro los filtros de café que han dejado apartados delante de mí y que aún no han vaciado en la basura.

Me inclino sobre uno de ellos, aunque realmente lo hago solo porque estoy recolocándome, y entonces me llama la atención que no me llegue ese olor a café intenso que no me abandona nunca.

Acerco la nariz y, como sigo sin notarlo, meto el dedo.
—Eh, ¿esto no es té, de todas formas?

Al oírme, los dos se giran hacia mí con expresiones confundidas.

—¿Cómo dices? —pregunta Josh.

—Esto. —Levanto el dedo, donde se me han quedado pegadas un montón de hojitas que son inconfundibles porque a) no huelen a café, b) son hojitas, e insisto—: Esto es té negro. Lo del filtro de la cafetera. Es té.

Y entonces los dos pares de ojos pasan de mi cara al cacharro y se hace el silencio.

—Ah, bueno, ya. Es... es posible —dice Josh, con tono neutro pero expresión de derrota absoluta—. Nick dijo que quería probar cómo sabría si lo preparaba así. Lo comentó el otro día. No estabais.

Después de eso nadie dice nada y él solo acaba suspirando, derrotado, antes de darse la vuelta y meterse en la cocina.

16 Oliver aprieta los labios para aguantar una risa y yo, que soy muchísimo más maleducado, dejo escapar una carcajada porque no tengo autocontrol. Después, relevando a Josh en el puesto que ha dejado libre, me lavo las manos, limpio bien los filtros y los recoloco junto al otro para volver a tener completamente operativa la máquina.

Se nota que estamos aburridos porque todos nuestros movimientos son lentos. Nick intentó avisarnos de que la vuelta al trabajo tras las vacaciones sería así, pero no me esperaba que hablara en serio.

No es que nuestra clientela se haya esfumado de repente, pero sí que se ha concentrado sobre todo en dos horas clave: las nueve de la mañana, cuando la gente que trabaja más tarde pasa a por café para llevar antes de coger el tren hacia Londres, y las cinco, cuando los más madrugadores vuelven. El resto del tiempo se reduce a algunos estudiantes hípsters que consumen muy poco para la de tiempo que se pasan aquí sentados, dos o tres mamás futboleras que chismorrear antes de recoger a sus niños

de los entrenamientos y abuelitas aburridas que intentan convencer a Josh de que les pase sus recetas. Ni siquiera tendríamos que haber venido todos hoy, pero Nick se ha hecho un lío con los turnos y nos ha pedido que nos pasáramos para recoger un pedido que ni siquiera ha llegado todavía, y por eso estamos con los brazos cruzados. Es ridículo. Lo bueno es que al menos Ollie está por aquí, lo cual sobre todo me gusta cuando se me acaban los recados que hacer en el Animal Crossing.

—¿Y qué tienes que hacer ahora? —me pregunta él, estirándose para mirar mi móvil por encima del hombro y así ver mejor los animalitos del juego.

—Nada, pescar y recolectar fruta. Es muy relajante. Deberías descargaréte, te agregaría como amigo.

—Prefiero que seas mi amigo en la vida real —responde, y yo suelto una carcajada.

—Ja, qué majo —digo, pero no le estoy prestando mucha atención porque acaba de picar un pez.

El cascabel de la puerta suena en ese momento y, cuando alzamos la vista, vemos a Nick entrar con una sonrisa.

—¡Ya estoy aquí, perdón, perdón! Me he liado en el banco, ese sitio es el infierno.

Josh asoma la cabeza por la ventanita que conecta la barra y la cocina para verle e, inevitablemente, en sus labios se dibuja una sonrisa diminuta. Siempre reacciona a su presencia así.

—¿Cómo ha ido? Estaba a punto de mandar al MI6 a rescatarte.

—No, gracias. Es decir, sí, muchas gracias, pero he sobrevivido. Ha ido bien. Ya he pagado.

—Bueno, me alegro, está muy mal ser un moroso.

El otro le dedica una mueca y luego nos saluda a Oliver y a mí, que fingimos que trabajamos.

—Si veis que os aburrís podéis iros antes a casa, chicos, está bien.

—No, no, no te preocupes —contesto yo, pensando en las catorce libras menos que cobraría si me marchase ahora—. Estamos bien.

18

—¡Okay, vale!

Si Josh es el cocinero y Oliver y yo somos quienes nos encargamos de servir, supongo que lo que queda le corresponde a Nick, y eso es la gestión. ¿Lo hace? Bueno, más o menos. Le tocaría por ser quien abrió la cafetería, pero solo lo hizo por la idea *indie* de tener una, y yo creo que quien lleva las cosas en el fondo es Josh, porque Nick se pasa el día en una esquina de la barra escribiendo pelis sobre gente que va mucho en coche y fuma por compromiso social. Esto, por cierto, lo sé porque me lo dijo: un día hasta me enseñó un mapa de carreteras antiguo que estaba usando para ubicar la historia con más exactitud, lo cual me pareció sorprendente y también un poco agobiante. Es guay, supongo, pero respecto a la cafetería, aparte de los recados que de vez en cuando hace, tampoco le veo colaborar tanto.

Lo importante supongo que es que todos tenemos un papel aquí, aunque a veces eso me resulta increíblemente aburrido. Es porque siempre sé qué va a pasar. Todo,

absolutamente todo, se repite siempre, y saber qué va a pasar todo el tiempo me hace sentir...

Vacío, estúpido, atascado, impotente, pasivo, débil, inútil, tonto.

Y es algo que no sé cómo solucionar.

Hay una parte que me gusta. Hay algo de saber qué voy a desayunar y cómo me puedo vestir y cómo me despidido siempre de todo el mundo que me tranquiliza, porque esas repeticiones tienen sentido; sin embargo, algo en el hecho de que nada cambie nunca me agobia, aunque no sé decir ni decidir dónde está la línea que marca un extremo u otro. ¿Tiene sentido? Todos los días veo a muchísima gente cruzar por delante de nosotros para ir a la estación de tren y ni siquiera se paran a mirar, y tampoco lo hacen por las tardes cuando les toca volver, y nadie pierde el tiempo, pero, sin embargo, siento que yo sí lo hago. Que lo pierdo porque es lo único que puedo hacer con él, porque solo soy un chico que no sabe bien qué hace aquí y que no entiende nada la mitad de las veces.

19

Y algo que mucha gente no sabe es que eso me frustra una barbaridad.

El mundo tiene muchísima gente. Eso me sobrecoge. También me hace pensar en que soy estúpidamente insignificante. Me molesta estar aquí parado y matando el tiempo como puedo y que nadie me vaya a mirar porque ya hay muchísimas otras personas en las que fijarse que claramente van a ser siempre más relevantes que un chico pequeño y despeinado que trabaja en una cafetería y que lleva un delantal que le queda demasiado grande.

A veces me gustaría ser una de las personas que cogen el tren, las que veo subir la calle todas las mañanas; querría salir corriendo en su misma dirección y colarme en sus oficinas solo para saber cómo se sienten, cómo sería yo en otro lugar, con otra ropa y otro cometido. Me encantaría tener acceso a otras líneas alternativas de mi vida, a versiones posibles de mí para elegir la que más me guste y quedarme, pero supongo que tengo que conformarme. Que esta vida y este pueblo y esta gente es lo que hay, y que nunca iré a trabajar a Londres ni tendré reuniones por teléfono ni me compraré un traje de chaqueta como hacen algunas personas.

Pero a lo mejor es que es eso, que mi vida no es interesante porque no la de todo el mundo puede serlo, y a lo mejor el azar de las cosas hizo que la monotonía me tocara justo a mí. Y, aunque me molesta, a la vez qué más da. Otra gente estará viviendo por ahí las aventuras, supongo, y mientras tanto yo me quedaré aquí, cuidando el fuerte, tranquilito y permitiendo que todo el mundo tenga un sitio al que volver.

Un local donde sirvan bebidas calientes y donde personas distintas digan que se sienten como en casa.

Porque eso es otra constante en mi vida, que yo soy el que espera. Que, mientras yo me quedo en casa, todo el mundo vuelve a mí y yo solo estoy esperando.

Ángela

Realmente, creo que puedo decir con honestidad que lo único bueno y estable a lo largo de mis días es Ángela.

21

Ángela es mi mejor amiga. Es la primera persona que conocí en Chadwell Heath cuando vine a vivir aquí, y de eso hace ya unos quince años, algo menos. Papá había muerto hacía unos meses y George me llevó a casa de la abuela para poder estar triste sin tener una criatura alrededor haciéndole preguntas, porque al parecer eso no le gustaba, pero unos días allí se convirtieron en semanas y, al final, tuve que acostumbrarme a estar con ella para siempre. No es que me queje, claro, pero por aquel entonces me resultaba todo muy confuso; yo tenía seis años y la abuela intentó explicármelo lo mejor que pudo, pero acabó diciendo que George «no sabía llevar la pena» y eso, a día de hoy, es algo que sigo sin comprender. Ni qué significa ni cómo era eso mi culpa, o mi problema. Yo no tenía ni voz ni voto en aquello, por supuesto, porque apenas leía bien y estaba en mi época de las-dos-coletas-asimétricas, así que me instalé en la habitación del segundo piso al fondo del pasillo, la que había sido de

invitados hasta entonces, y ese verano le pedí a mi abuela que me cortara el pelo a lo *garçon*.

An y yo nos conocimos un poco antes, en primavera.

22 Concretamente fue en abril. En abril es cuando se quita el mantillo y se plantan las cebollas, y ninguna de esas cosas es demasiado difícil, así que la abuela me enseñó cómo hacerlo y yo la ayudaba con el jardín. Ahora ya no lo hago porque me aburre, pero antes me entretenía y me fascinaba coger las hojas secas entre los dedos y espachurrarlas hasta que se deshacían del todo. Podíamos pasarnos allí tardes enteras cuando salía del cole, la abuela y yo. Supongo que lo de papá y lo de George no fue tan malo por momentos como esos.

Realmente, aunque me hace sentir mal pensarlo, tal vez fuera lo mejor que me ha pasado, porque gracias a eso conocí a mis dos personas favoritas y he vivido mis veinte años lo mejor que he podido.

La abuela me habló siempre de la muerte de papá con naturalidad y dulzura, diciendo que ahora había una estrella más en el cielo y que él vivía allí. Las noches que no estaba nublado salíamos a buscarla, y cada día cambiaba de sitio, pero recuerdo esos momentos con mucho cariño porque era mejor que la distancia y la frialdad que había tenido George conmigo durante los meses anteriores, cuando estuvimos los dos solos.

Ángela era una niña con una bici que pasaba las tardes subiendo y bajando la calle a toda velocidad, como si compitiera consigo misma, y que tenía unos ruedines con luces que fueron lo que llamaron mi atención la primera

vez. Yo no tenía permiso para tener bici porque eran caras y yo muy torpe, así que me quedaba mirándola cada vez que le tocaba pasar por delante de nuestra casa con envidia y, no vamos a negarlo, también un poco de admiración. ¿Me distraía eso de las hojas secas y las cortezas que tenía que quitar del suelo para que la abuela pudiera encargarse del resto de cosas? Sí, puede, pero no podía evitarlo. Un día incluso se me abrió la boca y dije en voz alta: «Mira, abu, parece que vuela» y, a partir de ese momento, ella también miró.

23

Sé que había estado preocupada por mí y que pensó que me haría bien tener una amiga, lo que explica el lío en el que se metió ella sola sin querer. Qué graciosa. Un día salió a la calle a interrumpir la carrera de la niña solitaria y le dijo que pasara a casa a tomar una limonada, que la había preparado expresamente para ella, pero la niña se puso a gritar como una loca y se marchó corriendo a su casa. Volvió a los pocos minutos, como es normal, custodiada por una madre muy alarmada que pedía explicaciones. Le llevó a mi abuela un rato convencerla de que no quería secuestrar a su hija y que solo quería presentarnos para que jugáramos un rato. Al final salió bien, sin embargo; cuando la abuela me puso delante de la mujer, casi como si fuera una ofrenda, debí darle tanta pena a la señora Wilde que me dejó saludar a una Ángela que tenía cara de querer darme una patada.

Ha pasado bastante tiempo desde entonces.

Ángela y yo nos hemos visto crecer. Yo he visto su época de pelo corto y su época de intentar usar maquillaje

y su época de *brackets*, y ella me ha visto creer que los pantalones pirata eran buena idea y aceptar mis nuevos pronombres y elegir cómo me llamo. Es una de las dos personas que más quiero en el mundo. Le cuento todo antes que a nadie porque la mitad de las veces me ayuda a pensar, y, aunque ahora no estemos tan cerca porque se fue a la universidad, mantenemos el contacto porque si no hablo con ella me muero.

24



Ángela W.



crees que soy un mindundi?



¿Quién dice la palabra mindundi en 2020, Luc? Borra mi número.

Me río, pongo los ojos en blanco y me doy prisa en ser un poco dramático para continuar:

que lo digo en serio...

Siempre busco excusas tontas para sacar conversación, y ella lo sabe. Su truco es más hablar en mayúsculas y contar las cosas como si fueran ALUCINANTES o DESGARRADORAS, nunca nada intermedio. Son juegos tontos que tenemos para comunicarnos en la distancia, y me gustan, la verdad, porque son entretenidos.

Es porque Ángela y yo hemos ido casi siempre de la mano en todos los sentidos.

No solo nacimos el mismo año, sino que nos adoptaron prácticamente a la vez y, cuando nos dimos cuenta de ello, empezamos a decir que podríamos haber sido hermanos. Mis padres vivían en otra ciudad cuando me adoptaron y ni siquiera lo hicieron a través de la misma agencia que utilizó la madre de Ángela, pero a menudo fantaseábamos con la idea de haber acabado en la misma familia, ya que al final terminamos en la misma calle, y nos recreábamos en ello. Decíamos que habíamos tenido muchísima suerte, pero que podíamos haber tenido un poco más. El mejor escenario era uno en el que yo vivía en su casa. No es que tuviera nada en contra de la abuela, pero la madre de Ángela nos dejaba ver la tele y nos dejaba comer las galletas que preparaba para vender casas y la abuela nunca quería darme dulces, así que es normal que a veces la prefiriera. De hecho a veces incluso escribía mi nombre con el apellido de Ángela detrás para ver cómo sonaría, para ver cómo de mejor era ser Wilde en vez de Álvarez, pero dejé de hacerlo cuando la abuela me pilló y me sentó a su lado para hablar del tema.

No parecía enfadada, aunque yo pensé que lo estaría.

—Es que Ángela y yo somos hermanos —murmuré como para justificarme, avergonzado y asustado por la reprimenda. En aquel entonces tenía diez años y me parecía que había estado haciendo algo mal, aunque no lo hubiera hecho con mala intención.

—Claro que sois hermanos, cariño, pero no necesitáis el mismo apellido para ser familia —me respondió, peñándose el flequillo con los dedos cuidadosamente—.

A veces, las familias no comparten apellido. Como tú y yo, ¿no? Y sigo siendo tu abuela. —Asentí y ella siguió peinándose, calmada. Yo me había quedado con el apellido de George, no con el de Jack, que también era el suyo, y todo había sido un poco complicado en cuanto a papeleo durante mi infancia—. Por eso no tienes que apellidarte Wilde para que Ángela sea tu hermana, porque ya lo es sin eso, ¿ves?

—Sí, abuela.

26

No sé si pensar con veinte años que tu mejor amiga es tu hermana es cosa de críos, pero en el fondo sigo manteniéndolo.



A veeer

¿Por qué eres potencialmente un mindundi?

quién dice «potencialmente» en 2020? borra mi número



Te voy a bloquear

perdón jskldjf

nada, es solo que parezco el recadero

me da rabia



¿Han vuelto a mandarte a comprar?

a tirar la basura 😞



¿Oh?

Pruebas

Manda un selfie

no, que tengo un pelo de mierda



Booooo

Ahora Ángela pasa en Birmingham casi todo el año porque estudia allí. Está viviendo en un piso de estudiantes con otras tres personas, pero solo me habla con regularidad de Molly porque fuma en el salón y la pone de los nervios. Vuelve por aquí una vez al mes o cada mes y medio, últimamente más lo segundo, y supongo que es normal si tenemos en cuenta que está lejos, pero no deja de molestarme. La uni le da mucho trabajo. Tener motivos razonables no hace que la eche menos de menos, claro, y la verdad es que el tema de la distancia me mata, pero hace mucho que intento no mencionarlo.

Antes lo hacía, porque me parecía importante comunicar cómo me sentía y bla, bla, bla, pero acabé con la sensación de que a Ángela le molestaba que insistiera. Sé que durante el curso está muy ocupada y que realmente intenta venir todo lo que puede, pero a la vez se volvió para allá dos semanas antes de empezar tercero, lo que no había pasado nunca, y me pareció raro que no quisiera aprovechar hasta el final del verano para estar conmigo. No sé. Dijo que quería prepararlo todo mejor que antes, pero me hizo sentir mal, y ahora ha pasado un mes desde eso y aún no le he dicho nada porque no quiero que me diga, como ya pasó una vez: «Ay, Luc, no seas plasta».

Al final, como me insiste, le mando un *selfie*.



Wow, tenías razón

Tienes el pelo horrible

QUE TE DEN, ÁNGELA

En realidad, sé que es una tontería. Lo de sentirme mal porque me llamase plasta, digo, y que lo hiciera porque le dije que la echaba de menos tan a menudo. Soy consciente de que cuando cumples los veinte entras oficialmente en la edad adulta, y distanciarte un poquito de tus amigos es parte del Pack De Hacerse Mayor, ¿no? Al menos, eso creo. Además, este es el tercer año de uni de Ángela y yo debería haberme acostumbrado a todo a estas alturas, pero hacer las cosas difíciles es mi

especialidad. En serio, se me da genial. Me sale solo, así que aquí estoy, triste e innecesariamente agobiado todo el tiempo mientras me como la cabeza con tal de sacarle un tema para mantenerla interesada.



Lo siento, lo siento, jajajajaja

Era broma, tienes el pelo bien

Oye, Luc, tengo que dejarte, que las chicas de mi clase están esperándome en la puerta y vamos a ir a por cafés antes de que empiece la clase

Hablamos luego

vale!

ten un buen día 🤔 😊



¡Y tú!

Ella es más o menos la que siempre se va. Ángela es quien tiene cosas que hacer y quien avanza, y mientras tanto yo soy el que se queda en casa y espera. Creo que me gustan los papeles que tenemos y cómo los interpretamos, sobre todo porque me gusta escuchar lo que tiene que contarme, pero a la vez hay algo de ellos que no me termina de encajar. Es raro, porque nunca he sabido qué es, pero algo me produce un poco de incomodidad en toda

nuestra dinámica. De ser el que está siempre disponible, tal vez, o de mi pasividad, o de no hacer nunca nada al respecto. Para cambiarlo, digo. No quiero insistirle con eso porque no quiero decir nada que la espante, pero al mismo tiempo quedarme callado solo hace que aumente la sensación, y así no se avanza.

30



Ay, por cierto, antes de irme

Esta noche había pensado ponerme esa peli que subieron a Netflix la semana pasada

ehm

?????



Ya sabes, la de los chicos esos con poderes, la que tenía el tráiler tan estético

No sé el nombre

El que retuiteé

ah, sí!

vale, sin problema, sí

a qué hora?



Ni idea todavía, si quieres
te aviso cuando llegue

Después de cenar seguro

Es que las chicas acaban de
decir de verla pero prefiero
verla contigo

Si quieres nos ponemos
Skype y la comentamos

confiesa, lo que quieres son mis comentarios
sarcásticos sobre la peli para luego ir a ellas
a hacerte la interesante

dilo



¿Qué culpa tengo si eres
más guay que yo?

ninguna, la verdad

es solo algo con lo que tendrás
que vivir para siempre 🙄👍

ya lo siento



Gracias por tu compasión, tontolaba

de nada, caraculo 😊❤️

Al menos lo malo nunca es mayor que lo bueno. Ni mejor, ni más grande, ni más relevante. A pesar de la distancia y de otras personas y de todo lo demás, Ángela sigue siendo de mis personas favoritas y a las que más quiero, y yo sé que ella también me quiere, y pase lo que pase seguiremos siendo no-hermanos porque llevamos toda la vida juntos y seguro que seguimos así la que nos queda.